

OPINIÓN

APUNTES DEL TALLER*

Martin Heidegger**

Presentación

No parece aventurado afirmar que la década de los años cincuenta y el comienzo de los sesenta ocupan el lugar más importante en la meditación del Heidegger maduro. Considerando el análisis que Otto Pöggeler realizara de la obra principal del filósofo alemán, ésta ya se encontraba en plena madurez por los años 1936/1938, especialmente en lo que respecta al problema de la interpretación del ser como "Ereignis". No obstante, será en la década del cincuenta que su riqueza meditativa alcance su plenitud máxima en todo ámbito del pensar; si bien el mayor énfasis de su pensar se centrará en la reflexión de ciencia y técnica, poesía y lenguaje, y, por sobre todo, en el pesar mismo. De este modo, aquello que enfrentamos en la era del mundo actual es la confrontación de dos modos del pensar extremadamente opuestos: el pensar de una sola vía, el carril de lo técnico, de la ciencia y su método, que se hace cada vez más planetario, el pensar que calcula y computa el proyecto anticipante del mundo futuro, frente al pensar meditativo y sereno, que deja a cada cosa ser a su debido tiempo, sin urgencias ni exigencias de aquello que las cosas mismas no son.

* El texto apareció en el diario suizo *Neue Zürcher Zeitung* (Fernaussgabe N° 284, v. 26.9.59). (N. del Editor)

** Destacado filósofo alemán (1889-1976), considerado por muchos como la figura central del existencialismo. Entre sus libros principales están: *Ser y Tiempo* (1929), *Kant y el Problema de la Metafísica* (1929), *Qué es Metafísica* (1929), *El Origen de la Obra de Arte* (1936), *Carta sobre el Humanismo* (1949), *Sendas Perdidas* (Holzwege, 1950), *Introducción a la Metafísica* (1953), *¿Qué es eso de la filosofía?* (1956), *Identidad y Diferencia* (1957).

El texto que presentamos aquí —y que se traduce por primera vez al castellano— se enmarca precisamente en esta última reflexión. Apuntes del taller caracteriza ambos modos de pensar, remite a ellos desde un punto focal del mundo contemporáneo.

Feliza Lorenz *

Breno Onetto **

Algunos parecen luchar hoy con la necesidad de encontrar una presentación de la historia para el imperio de la técnica moderna y de la ciencia idéntica a ella, a la que se pueda incorporar el estado del mundo, determinado por aquel imperio, y así capturarlo en una comprensión. Aun si algo tal resultase, permanecerían desconocidas en su esencia la técnica moderna y la ciencia asignada a ella. Algo diferente ocurriría, por supuesto, si la esencia de la técnica moderna anunciase y preacñase desde sí misma la figura del destino, perteneciente al cual todo llega a lo suyo destinado.

Para examinar tales posibilidades tendríamos que aprender primeramente a pensar desde su esencia aquello que "propriamente" ya ha sucedido, y retenerlo re-cordándolo continuamente.

A comienzos de enero de este año, el ministro soviético declaró acerca del cohete espacial ruso: "Somos los primeros en el mundo en marcar en el cielo una vía desde la tierra a la luna". A ello el artículo principal de uno de los diarios más grandes de la República Federal comentaba con su primera frase: "Nadie puede refutar las vanagloriosas palabras de Nikita Krushev, que la Unión Soviética haya logrado marcar en el cielo una vía desde la tierra a la luna".

El autor del artículo tiene razón cuando piensa que "nadie puede refutar" las palabras. Mas, ¿a qué viene aquí una refutación? Ante todo tenemos que pensar a fondo la explicación de Krushev con respecto a aquellos estados de cosas en los que tampoco Nikita Krushev piensa: Ni hay ya "la tierra" ni "el cielo", en el sentido del habitar poético del hombre sobre esta tierra. Lo que el cohete logra es la realización técnica de aquello que desde hace tres siglos es acorralado cada vez más exclusiva, y decisivamente como la naturaleza, y ahora es explotado como recurso universal, interestelar. La vía de los cohetes empuja "tierra y cielo" al olvido. Aquello entre lo que se mueve no es ni lo uno ni lo otro. El artículo nombrado tendría que comenzar: Sólo unos pocos, impotentes, están hoy capacitados y dispuestos para pensar y experimentar pensando que este cambio mundial no comienza ninguna "nueva era", sino lleva hasta su extrema consumación a una ya existente.

* Licenciada en Arte, Pontificia Universidad Católica de Chile. Traductora e intérprete. Candidata a Magister en Filosofía, Universidad de Chile.

** Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. Candidato a Magister en Filosofía, Universidad de Chile.

Hoy el pensar propiamente tal, que examina la noticia original (Ur-kunde) del ser, vive solamente en "reservaciones". (Quizá porque su origen es tan antiguo como, a su modo, los indios.) El pensar meditador ya no es capaz de enfrentarse al calculador, que actúa desde su utilidad y sus logros, encanta el espíritu de la época y así se ve confirmado en su "verdad". Con mayor razón necesita esto, que aquí y allá disimuladamente sean sembrados algunos pocos granos, aun cuando la mayoría caiga sobre los aplanados carriles del representar técnico y es arrollado allí.

El pensar meditativo tiene que permanecer en lo inefectivo, esto sin el aspecto de una tragedia inevitable. Hacia donde habla semejante pensar le permanece velado. Igualmente no puede nunca ir más allá del favor concedido a él: su decir, que pocas veces le resulta, es como si nada fuese dicho. El pensar meditador transparenta los ámbitos esenciales de la experiencia como luz matutina que la noche custodia para que resulte el día, y todavía como si fuese nada.

Pero se quiere controlar todo, no sentir ningún rastro; eso significa seguir una indicación inaparentemente dada para, divisándola, oír.

Oír es el retenido anticiparse de un pre-decir, que dice lo por-decir desde lo no-dicho.

Prisa y Sorpresa

Aquella la ejercemos.
 Esta nos toca.
 Aquella se hace en el calcular.
 Esta viene desde lo insospechado.
 Aquella persigue un plan.
 Esta visita una demora.

Una posibilidad existe, de que la consumación del dominio de la esencia de la técnica moderna (es decir, del Ge-stell) llegue a ser la ocasión de un clarear de su propia verdad (es decir, del apropiamiento) y que recién así la verdad del ser llegue a lo libre. Este inicio vendría al final. Porque aún está guardado; no estamos nunca autorizados a contar sólo con un final en el sentido de un mero cesar.

Sólo podremos corresponder a aquella posibilidad de manera tal, que mantengamos libre el camino para el pensamiento especulativo-meditador en medio de todos los apuros de la sociología, la sicología y la logística.

El sentimiento más bajo, porque se disminuye a sí mismo, es el odio: la consumada no-libertad, que se pavonea de vacua superioridad.

No olvidemos demasiado pronto la palabra de Nietzsche (WW. XIII, p. 75) del año 1886:

"La refutación de Dios - propiamente es refutado sólo el Dios moral".

Esto dice para el pensar meditador: el Dios pensado como valor, y aunque sea éste el más elevado, no es ningún Dios. Luego, Dios no está muerto. Pues su divinidad vive. Incluso está más cercana al pensar que a la fe, si, por otra parte, la divinidad como esenciante recibe su procedencia desde la verdad del ser y el ser como inicio apropiante "es" algo otro que fundamento y causa de lo ente.

En la encrucijada:

El lenguaje en la pista de carreras hacia la información;
el lenguaje encaminado hacia el decir de la apropiación.